

Héctor E. Recalde

Las presidencias de Menem y De la Rúa (1989-2001)

**Del ingreso al primer mundo
a la crisis de 2001**

 **Grupo Editor Universitario**

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
I. ¡SÍGANME, NO LOS VOY A DEFRAUDAR!	9
II. PODER PÚBLICO, NEGOCIOS PRIVADOS	29
III. UNA REVOLUCIÓN CONSERVADORA	37
IV. LOS SINDICALISTAS AMIGOS Y LOS TRABAJADORES	55
V. MENEM, LA CORPORACIÓN MILITAR Y LA IGLESIA	69
VI. LAS RELACIONES CARNALES Y SUS RIESGOS	89
VII. NUNCA SEGUNDAS PARTES FUERON BUENAS	101
VIII. EL GOBIERNO DE FERNANDO DE LA RÚA (1999-2001)	115
EPÍLOGO	129
BIBLIOGRAFÍA	131

PRESENTACIÓN

La espectacular crisis que puso fin al gobierno de Raúl Alfonsín, anticipando la entrega del mando presidencial, creó expectativas respecto al discurso neoliberal adoptado por su sucesor, Carlos Saúl Menem, que asumió como propios los condicionamientos de los organismos financieros internacionales. Las profundas frustraciones de gran parte de la población y una enorme presión publicitaria posibilitaron que se generara un gran apoyo al nuevo proyecto socio-económico; de esta manera, por lo menos hasta 1995 se logró consenso para aplicar la política económica que había inaugurado la dictadura terrorista en 1976. Es más, durante la llamada 'década menemista' se consolidó y profundizó el modelo de acumulación que no había logrado implantarse totalmente entonces con la fuerza de las armas.

El gobierno del presidente Menem cambió el rol del Estado en los aspectos económico y social. Se trata de un hecho políticamente curioso: un gobierno de origen popular pudo concretar lo que desde mediados de los años 70 habían intentado los gobiernos militares sin alcanzarlo totalmente. No sólo se deshizo de sus empresas productivas y de servicios, sino que se asignó un papel subsidiario en el terreno de la salud, la educación, la vivienda y la previsión social, cuya atención quedó librada a los mecanismos del mercado. De esta manera, el Estado intervencionista y benefactor implantado por Juan Domingo Perón a partir de 1946 fue demolido por su discípulo, el doctor Menem; lo mismo ocurrió en el terreno de la legislación laboral y las relaciones con el movimiento obrero organizado, que cambiaron la dirección seguida hasta entonces por los gobiernos peronistas.

Durante una década, el objetivo central no fue promover la industrialización orientada al consumo interno sino la dirigida hacia la exportación, en tanto que las atenciones sociales fueron mínimas y con la intención de no mortificar en exceso a los más pobres, arriesgando toda estabilidad. En esos empeños el nuevo presidente encontró el apoyo de los principales grupos empresariales locales y de los organismos financieros internacionales, cuyas pautas de 'ordenamiento económico' fueron estrictamente cumplidas; también lo acompañó un nutrido contingente de sindicalistas amigos que negociaron con él la pérdida de muchas conquistas sociales, convirtiendo las condiciones de una etapa regresiva para los trabajadores en una fuente de grandes beneficios personales y corporativos. Durante la presidencia de Menem también cambió nuestra política internacional, adoptándose un novedoso acercamiento a los Estados Unidos, que llevó a la Argentina a involucrarse en agresiones externas que tuvieron ingratas consecuencias locales.

Como en nuestro país los éxitos gubernativos tienen patas cortas –lo mismo que las mentiras, a las que se parecen bastante-, todo funcionó relativamente bien hasta mediados de la década de

los 90. A partir de entonces el país comenzó a convulsionarse y se manifestaron las terribles consecuencias del modelo transformador, De ese modo, el tramo final del gobierno justicialista presenció numerosas protestas protagonizadas por las víctimas de la política de Menem: una multitud de trabajadores desocupados, a la que se integraron muchos otros que no habían tenido oportunidad de ingresar al mercado laboral; docentes, médicos y paramédicos mortificados por los interminables ajustes del presupuesto público; los atribulados jubilados, condenados a pasar sus últimos años en la miseria; una gran cantidad de pequeños productores rurales, localizados dentro y fuera del área pampeana; vecinos de ciudades provincianas, hartos de contemplar la corrupción de políticos y funcionarios mientras aumentaban sus tribulaciones... Todos ellos interpelaban al poder público reclamando trabajo o, en su defecto, algún subsidio estatal para seguir tirando; aumentos de sus sueldos, salarios y asignaciones jubilatorias; la reactivación de las economías regionales y el cese de los remates de campos; un manejo decoroso de la gestión pública, ya que en medio de sus necesidades contemplaban la conducta indecente de muchos funcionarios, comenzando por el primer magistrado.

Toda esta gente puso en práctica un novedoso repertorio de formas de lucha que conmocionaron al país. Su difusión a través de los medios masivos de comunicación brindó un espectáculo que contrastaba con la fiesta menemista que llegaba a su fin. De esa manera, en la segunda mitad de los años 90 comenzó un ciclo de protestas sociales que se extendería varios años y que incluiría cortes de rutas, cada vez más frecuentes; piquetes que impedían el acceso a la Capital o perturbaban la circulación en su interior; acampes en diversos espacios públicos, incluyendo las plazas aledañas a la Casa de Gobierno, el Congreso de la Nación o la sede de la Suprema Corte de Justicia; ollas populares, para que los asentados allí pudieran renovar sus energías; movilizaciones por la ciudad y algunas grandes huelgas. En algunas jornadas se combinaron todas estas modalidades de lucha, a las que se sumaron saqueos, quemas de neumáticos, pedradas, corridas, choques con la policía y tiroteos. Todo esto en medio de la indignación de la estupefacta clase media, cuyos voceros fueron los taxistas y conductores de remises que echaban peste contra 'estos negros de mierda que no nos dejan trabajar tranquilos'. Muchos de estos choferes habían conocido mejores tiempos, como comerciantes o pequeños empresarios, antes de descender como consecuencia de una política que muchos de ellos habían apoyado y les indignaba esa gente con el rostro cubierto que, esgrimiendo largos palos, les impedía circular. Tanto barullo culminó el 19 y 20 de diciembre de 2001, jornadas que presenciaron nuevos asaltos a supermercados, cacerolazos y movilizaciones a Plaza de Mayo, las que fueron reprimidas y dejaron un saldo de muertos, heridos y gran cantidad de detenidos. El resultado fue la renuncia del presidente Fernando De la Rúa, que debió huir en helicóptero de la Casa Rosada.

Durante su gobierno De la Rúa tuvo que bailar con la más fea, ya que heredó todos los males originados en la administración anterior y no quiso hacer nada para rectificarlos. Lo más hiriente para muchos fue que su gobierno ni siquiera se distinguió por el respeto a la ética pública, cuyo restablecimiento pregonó durante la campaña electoral. La presencia de Domingo Felipe Cavallo en su gabinete confirmó que los gobiernos pasan y los grandes intereses que manejan a los funcionarios siguen presentes. La huida del presidente radical, fue una novedad y con ella se cerró un agitado ciclo que comenzó en medio del espanto y finalizaba de la misma manera.

El pregonado 'ingreso al primer mundo' concluía en un nuevo desencanto, mientras que el pesado legado de la aventura que se inició en 1989 todavía pesa sobre los argentinos. En tanto, su principal responsable dormita en una banca del Senado de la Nación.

Villa Luro, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, octubre de 2013